

20 AÑOS MÁS TARDE



Hace veinte años se sintieron vientos de cambio en la geopolítica mundial. A mediados de los años ochenta el Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética fue conminado por las circunstancias a emprender cambios sustanciales que hicieran viable un Estado amenazado por un inminente colapso económico y político advertido lustros atrás. En medio de esta encrucijada ascendió la figura de Mijail Gor-

bachov quien, como Secretario del Partido y posteriormente como premier, lideró dos reformas sustantivas: la Perestroika o programa de reformas económicas y políticas y la Glasnost o programa de reformas culturales y sociales. Estas reformas harían flexible la intervención estatal en algunos sectores estratégicos, abrirían posibilidades reguladas de integración parcial al capitalismo y permitirían un marco de libertades en campos como la



ciencia, la educación, la cultura y los medios de comunicación.

El paquete de reformas tuvo un impacto ciertamente inesperado. Desde la oficialización de las reformas se sucedieron un conjunto de acontecimientos que en el curso de cinco años llevaron a las primeras elecciones libres en las repúblicas soviéticas, a la reunificación de Alemania, a la instauración o la restitución de la democracia en los países del Pacto de Varsovia y, finalmente, a la disolución definitiva de la Unión Soviética. Al mismo tiempo, algunos de los conflictos nacionales nutridos por la Guerra Fría en diferentes regiones del planeta, pero especialmente en América Latina, fueron cediendo hasta culminar en ceses al fuego, treguas y acuerdos de paz. En medio de estos acontecimientos se anunció el inicio de una era poscomunista definida por la globalización del capitalismo como régimen económico y de la democracia como régimen político. Las algarabías colectivas, el frenesí de los medios de comunicación y las declaraciones auspiciosas de los líderes de las grandes potencias permitieron avizorar un orden mundial inédito forjado en una paz universal, en nuevas integraciones regionales y en la cooperación multilateral. En últimas se trataba del sueño de la segunda posguerra, ahora

sin la presencia del comunismo stalinista, sino con la vigilancia de un carismático papado que fue un gestor de no poca envergadura en el nuevo orden mundial.

Pero los vientos de futuro pronto dieron paso a las tormentas del pasado. La quiebra de unos Estados autoritarios fuertes no sólo permitió la aparición o la visibilidad de unas sociedades civiles decididas en el capitalismo y la democracia sino, igualmente, la irrupción de unas facciones y discursos dispuestos a inventar unas naciones siempre postergadas o negadas. Así, en medio de las crisis económicas, políticas y sociales suscitadas por la transición al capitalismo, surgieron diferentes movimientos nacionalistas que condujeron a guerras cruentas que se extendieron por regiones como los Balcanes y el Cáucaso. Al mismo tiempo, viejos conflictos en diferentes regiones del planeta, no necesaria o indirectamente conectados a los intereses del comunismo soviético o del capitalismo occidental, mantenidos en baja intensidad o simplemente suspendidos por el otrora equilibrio de poderes mundiales, resurgieron con violenta voracidad. Al finalizar el siglo XX el mundo no parecía el sueño de la segunda posguerra sino la pesadilla de la primera, tenía más que ver con el ocaso de los imperios sellado en



Versalles que con el ascenso de las nuevas potencias sellado en Yalta.

El inicio del siglo XXI no implicó un cambio de rumbo en este panorama mundial dominado por los Estados Unidos. Por el contrario, la política del gobierno republicano de George W. Bush pareciera ratificar el retorno a los tiempos que precedieron o condujeron a Versalles. El humanitarismo por vía de la intervención armada, las guerras unilaterales o con alianzas forzadas, el retorno a los presidios fuera de cualquier marco de garantías y el desdén por las disposiciones multilaterales en materia de derechos humanos, incluida la Corte Penal Internacional, reeditan un mundo conocido. Ni qué decir de los golpes que le propició el gobierno Bush a la Organización de las Naciones Unidas, que la llevaron a una fragilidad comparable con la de la efímera Sociedad de las Naciones. Valga decir que en otras latitudes afectas a los Estados Unidos el retorno no parece a los tiempos de Versalles, sino a los tiempos anteriores a Solferino.

La geografía de los conflictos armados recubre actualmente todas las fronteras que, irresueltas o mal resueltas desde el siglo XIX, fueron a pesar de todo mantenidas tanto por Estados autoritarios fuertes como por los intereses de las potencias en pugna en medio

del conflicto bipolar. Asia Oriental y Sur oriental, Europa Oriental y Central, África Central y aún América Latina, abrigan conflictos armados que, surgidos desde siglos atrás, mantenidos en latencia, ciertamente están siendo reavivados por las debilidades de los Estados y los intereses de una transnacionalización ávida de recursos como el agua, las especies de flora y fauna, el petróleo, las piedras preciosas, los yacimientos de materiales radioactivos y la mano de obra flotante producida por las crisis económicas, sociales y políticas. Precisamente estas fronteras, reducidas a la condición única de espacios de transacción económica de todo tipo de recursos, incluidos los humanos, se han convertido en corredores privilegiados para empresas ilegales como el narcotráfico, el tráfico de armas y la trata de personas.

Así, el repliegue de los Estados y la liberación de los mercados concurren en la invención de un mapa global de enclaves fronterizos dominados por unas economías antiguas que custodian recursos tangibles como los de la naturaleza, cuya existencia es ocultada u oscurecida por las nuevas economías soportadas en recursos intangibles como el conocimiento. Pero tanto los tangibles dispersos en multiplicidad de fronteras como los intangibles



centralizados en diversos centros técnicos y tecnológicos hacen parte del mismo fenómeno de repliegue de los Estados y de transnacionalización de los mercados. Estos territorios ciertamente no tienen la tutela del Estado o ésta se reduce a una tutela meramente policiva o militar, que no es óbice para la presencia activa de bandas delincuenciales y de cuadros mafiosos que pueden garantizar el control social sin ninguna restricción jurídica o legal en beneficio de la productividad económica. La desestatalización y la transnacionalización han creado las condiciones para unas delincuencias globales en capacidad de penetrar viejos conflictos armados, escindiéndolos de las obligaciones que impone cualquier marco legal o jurídico, creando unos escenarios catastróficos para los derechos humanos.

Este es precisamente el mundo al que se enfrentan actualmente las iniciativas encaminadas a la defensa, la preservación y la promoción de los derechos humanos. Cualquier iniciativa que desconozca estos factores y condiciones está presa de otro momento histórico, persevera en entender los derechos humanos en la fría abstracción de los documentos o en la convicción ingenua en la voluntad autárquica de la ley. Urge, entonces, desnaturalizar este mundo que hace impensable los derechos o imposible su reivindicación. Urge esta tarea en Colombia, recubierta de fronteras interiores, tan atractiva en recursos, tan expuesta a diferentes bandas facinerosas, tan consumida por cuadros mafiosos. Urge esta tarea en Colombia, que es ella misma una frontera, sólo una más, en el concierto global.

Bogotá, D.C.

Octubre de 2008.

✘

